

guió colaborando en «El Sol». Al sobrevenir la revolución de octubre de 1934 fue encarcelado, juntamente con Azaña, en Barcelona. Una vez liberado, fundó el semanario «Política», convertido después en diario. Su muerte le sobrevino, después de una corta enfermedad, en Madrid, siendo diputado a Cortes por Lérida, el 6 de noviembre de 1935.

Como escritor deja obras tan relevantes como la citada «El tributo a París», «Ensayos e imaginaciones sobre Madrid», «Una mina de oro en la Puerta del Sol», «Cuadernos de estudio sobre temas de actualidad», la novela «El corazón de Jesús» y, sobre todo, su monumental obra «Viaje por las escuelas de España», recopilación de sus artículos en «El Sol» y que fue prologado por Azorín con el título de «Un misionero».

Los tres volúmenes de que consta el «Viaje por las escuelas de España» comprenden las comarcas próximas a Madrid hasta la Sierra; parte de Castilla y León; parte de Andalucía, Extremadura y una incursión breve en tierras de Portugal. Sin recoger en volumen quedan Galicia y otros viajes.

Inspirado en los libros de viajes del siglo XVIII (Villanueva y Ponz, en busca de noticias históricas y artísticas), es una estremecedora llamada a la conciencia nacional, un deseo de poner en marcha las fuentes de nuestra prosperidad interior. Como escribió Azorín: «Un periodista ha logrado el milagro de que España piense en sí misma, de que los españoles se preocupen de lo más trascendental, de lo más sagrado: del porvenir de las inteligencias infantiles. La patria son los niños. Y Luis Bello ha hecho más por la patria, está haciendo más por España que quienes pronunciaron en un Parlamento centenares y centenares de discursos». Era en el prólogo al tomo III, dedicado a las escuelas extremeñas.

Como su amigo Valle-Inclán, como Machado, como Cernuda y como recientemente Antonio Espina, Luis Bello murió pobre. Y siguiendo el destino de tantos escritores españoles, su nombre ha caído en el olvido. En vida se le comparó a Don Quijote y muy pocos escritores que hayan gastado sus mejores ener-

gías en la hoja diaria, gozaron de tanta popularidad y adhesión. ¡Triste sino el de una España que ha podido y puede olvidar tantas cosas! ■ JOSE ESTEBAN.

## El exilio y la melancolía

María Teresa León es una escritora de Burgos poco conocida en la España actual. Si algo se sabe de ella aquí es por ser la mujer de Rafael Alberti, que aparece, de tarde en tarde y sonriente, a su lado en alguna fotografía. Se sabe también que, como él, es de los que perdieron la guerra y anda fuera de su país desde 1939.

En realidad se conoce muy poco de lo que hicieron los escritores españoles fuera de España a partir de aquel año. Claro es que están ahí los más famosos, pero aun así su bibliografía resulta bastante incompleta. Y tampoco parece que nadie se interese mucho por completarla. Los menos famosos resultan tan incómodos como los famosos y tienen peor suerte: «Que los lean en Argentina o en México, donde quieran... y que nunca dejen en paz». Solamente por cuquería se especula con ellos para sacarlos a relucir de vez en cuando, aureolados de un tufillo de misterio, tristeza y alarde cultural.

No viene ahora a cuento, ni sé si sería factible, redactar la biografía de María Teresa León. Ella fue, en unos años muy concretos, figura representativa de la cultura española. Aquello pasó y María Teresa trabajó en Buenos Aires. Actualmente vive en Roma. Escribe,

como en la Argentina, para la radio o para revistas literarias italianas, traduce... Son los quehaceres de siempre. Bastante más difíciles en un país extraño y de otro idioma, donde las exqui-

vida difícil que ha llevado no la ha vencido. Para otra persona menos tenaz que esta risueña doña Jimena de hoy, la vida le hubiera dado muchos motivos de pesimismo.



María Teresa León.

teces de un castellano burgalés no son muy paladeadas, donde resulta más difícil inserirse en la vida cotidiana de un profesional de la literatura. Pero María Teresa tiene inagotable capacidad de entusiasmo. Ella, en los momentos más ásperos ha confiado tanto en el futuro como en el pasado, en un pasado hermoso, pleno de trabajo e ilusión, de innumerables amigos, y ha sabido siempre destacar los bellos recuerdos de la misma manera que, en el presente, sólo repara en lo bueno de las personas que la rodean o de la situación que vive. María Teresa se esfuerza en fijarse únicamente en lo que encuentra hermoso; ella sabrá lo que le cuesta mantener tal estado de ánimo. Pero esa

María Teresa León es muy intrépida y siempre está urdiendo proyectos. Si fuera por ella, en Roma no habría quien parara, tampoco en Anticoli Corrado, el pequeño pueblo donde Rafael y ella veranean.

Estas líneas intentan ser una aproximación a su último libro —no sé el número que hace de los que lleva publicados—, «Memoria de la melancolía». Se trata del primer volumen de sus Memorias abigarradas, escrito con la misma brillantez de sus anteriores libros, que dan testimonio personal de unos momentos ya perdidos que empiezan a ser datos y fechas en manuales de Historia. Momentos que no vivieron más que sus protagonistas, aunque hayan sido comentados en varias ocasiones. Y sus protagonistas ya desaparecieron o desaparecerán pronto. María Teresa no se ha preocupado de los manuales de Historia ni de articular un panorama cultural en el que ella intervino; ha ordenado sus recuerdos con desorden cronológico, como se hace al evocar libremente otros tiempos, y los expone hondamente, con toda la emoción que les añaden los años transcurridos. Nada más lejano de la recolección de anécdotas que «Memoria de la melancolía»; esta entrañable «a la búsqueda del tiempo perdido» convertido en conmovedor y constante presente sin que se atenúe el dolor de las raíces corta-

das. Hablando de los demás —Ramón Menéndez Pidal o Dolores Ibarruri, Neruda o Hemingway—, María Teresa hace su autorretrato sobre un fondo histórico, descrito entre patética y cariñosamente, de las zozobras de una época, recoge sus impresiones por Europa, Asia y América en años de angustia y esperanza. España, naturalmente, aparece con mayor fuerza; una España en la que ha vivido menos que fuera de ella. Por eso su melancolía, por eso también su entusiasmo en hacer suyo todo lo que encuentra lejos de lo suyo.

Hoy, en los meses de verano, María Teresa León es el personaje más popular de Anticoli. Se detiene en la calle para hablar con una vieja o unos niños, para acariciar a un perro o preguntar nombres de plantas, la historia de antiguos moradores de casas deshabitadas; buscando recuerdos del pasado y problemas actuales, siempre con su misma sonrisa que parece recién estrenada, tan luminosa como sus ojos y la blanca aureola de su pelo.

En «Memoria de la melancolía» se habla de Anticoli Corrado:

«Nos sentimos felices en este paraíso de discordias que no llevan la sangre al río, sino a todos a la procesión o al mitin. Participamos en los llantos y en las fiestas. La última tuvo un hermoso nombre: "Poesía y cantos de amor". (...) El pueblo congregado escuchaba y lo miraba todo con asombro. Era la primera vez que los notables lo congregaban para hablarle de algo diferente a las elecciones. ¡Poesía y cantos de amor! Aún estarán hablando. Para conservar su tradición, el pueblecito maravilloso ha fundado el Centro Histórico y Artístico de Anticoli Corrado. Tendrá un museo que perpetúe el recuerdo de los que allí trabajaron. Tengo el honor de pertenecer a la Junta. Es Italia que me toca la frente. Descansa, dice. Y yo obedezco».

Ya existe el museo. María Teresa continúa proyectando otras actividades y pensando en el día en que recuerde, desde otras tierras y con cariño, este pequeño lugar de Italia.

«¿No tendremos regreso? Es una historia de la que no conozco el fin». ■ MANUEL BAYO.

